

Leyendas y leyendas urbanas

Una leyenda es una narración tradicional que parte, generalmente, de personajes o situaciones históricamente verídicas, mismas que se entretajan con elementos de ficción; y se diferencian de las narraciones históricas por ser una construcción que mezcla realidad e irrealdad. En este sentido, se puede argumentar que la historia es una construcción en la que a partir de ciertos elementos se da forma a hechos distantes; pero en la leyenda, a diferencia de los relatos históricos, los personajes son o positivos o negativos; carecen de matices. Además, las leyendas cumplen una función didáctica: exaltan valores como la lealtad, el valor o la honestidad, por lo que a través del tiempo han servido como medio de enseñanza y prevención.

Las leyendas urbanas son muy similares a las tradicionales, con la diferencia de que se basan en las creencias, miedos o problemáticas actuales. Son consideradas el folclore contemporáneo.

Folclore es aquello que incluye las creencias, costumbres y conocimientos de las diferentes culturas humanas: elementos que sobreviven al tiempo porque son transmitidos de generación en generación. Las tres características del folclore son:

- Se transmite principalmente de forma verbal, aunque también cabe la expresión escrita, pero siempre de forma sencilla.
- Cada historia cuenta con diferentes versiones o variantes.
- Es parte de una tradición viva propia de determinado grupo humano.

Según Jan Harold Brunvand, folclorista estadounidense que a partir de 1961 comenzó a estudiar este tipo de relatos, su característica principal es que son historias que suceden en la actualidad y que pretenden contar hechos reales que no se relacionan con fenómenos paranormales o extraordinarios; los escenarios suelen ser diversos y bien localizados, mientras que los personajes son personas comunes que se desempeñan como víctimas o victimarios.

La enciclopedia *Encarta* las define como “historias contemporáneas que se toman como verdaderas, pero tienen patrones y temas que revelan su carácter legendario. El contexto de estas leyendas puede ser contemporáneo, pero las historias reflejan preocupaciones actuales sobre la vida moderna, incluyendo la intimidad, la muerte y la decadencia”.

Los relatos que aspiren a convertirse en leyendas urbanas deben cumplir ciertos requisitos para serlo; entre ellos carecer de veracidad, tener una buena difusión y provocar reacciones o influir en un amplio grupo de personas, ubicadas en lugares diferentes.

Como las leyendas urbanas son parte del folclore, lo mismo que las leyendas de la antigüedad se enriquecen de la tradición oral y son una creación colectiva en el sentido de que cada individuo se vuelve coautor al añadir, acentuar, enfatizar, abundar o suprimir distintos aspectos de la narración.

No existe forma de determinar el origen de una leyenda urbana; pero es válido decir que algunas de las doscientas cincuenta que se han catalogado hasta el día de hoy, tan sólo en

Estados Unidos, son actualizaciones de leyendas tradicionales. El resto se cree que fueron ideadas por un individuo o grupo como producto de su imaginación o inspiradas en hechos reales. Aunque el origen más profundo está en las preocupaciones de las sociedades actuales.

La expresión "leyenda urbana", deriva del inglés *urban legends*, término acuñado por Jan Harold Brunvand en la década de los años setenta. En adelante, con esa unión de palabras, los investigadores del folclore —folcloristas—, categorizaron aquellas historias o anécdotas de la vida actual que son contadas como hechos reales sin serlo.

Aunque la expresión hace referencia a la urbe, no significa que estas historias se desarrollan exclusivamente en las ciudades; en este sentido, la palabra "urbana" se utiliza como idea afín a la "modernidad"; es decir, la ciudad como emblema de lo moderno.

Según Jan Harold Brunvand, los motivos para estudiar las leyendas urbanas son los mismos que para hacerlo con otros tipos de folclore: "revelar las motivaciones, esperanzas, sueños y temores de la gente. Además los temas o tramas son fascinantes y, más allá de todo, está el deseo de aprender más acerca de las fuentes del saber humano". (1)

Los folcloristas explican que para reconocer una leyenda urbana es necesario observar que, como ya se dijo, son relatos falsos contados como verdaderos, anécdotas que les suceden a sujetos que no conoces ni conocerás. Las historias parecen reales, pues se desarrollan en escenarios que nos son familiares, hacen referencia a lugares comunes y todos sus elementos pueden inscribirse en la cotidianidad conocida. Aun con todo existen ciertos datos inverosímiles que puedes detectar, así como imprecisiones. Estructuralmente tienen un final que sorprende. Las leyendas urbanas no pueden ser verificadas, y la misma historia cuenta con repeticiones en diferentes lugares, zonas, regiones o países del mundo.

Además, una leyenda urbana tiene siempre variantes que pueden ser **estilísticas**; son superficiales y revelan el estilo de cada narrador; **circunstanciales**, que representan las adaptaciones al entorno cultural de los públicos en los que circula la historia; y **profundas**, lo que significa que a pesar de los cambios no dan origen a una nueva leyenda, sino que se convierten en versiones de un mismo relato.

Luego de la lectura, respondé estas preguntas.

- 1) ¿Qué es una leyenda urbana?
- 2) ¿Qué es el folclore?
- 3) ¿Dónde se originan las leyendas urbanas?
- 4) ¿Por qué se estudian las leyendas urbanas?

Leé este relato y resolvé las consignas.

EL ÚLTIMO TAXI.

Mire que yo no me dejo llevar por todas esas historias de fantasmas que la gente repite como si fueran verdad. ¡Se escucha cada pavada! Como eso de que han visto a Gardel, a metros de su propia tumba, conversando con Gilda ¡Pero, por favor! ¿De qué podrían hablar? No hay que saber mucho de música para darse cuenta de que la cumbia está en las antípodas del tango.

Es que acá en Chacarita hay un montón de muertos famosos, y eso despierta la imaginación de la gente. ¿No visitó todavía el panteón de personalidades? Le digo que al cementerio, muy a mi pesar, llegan más turistas que otra cosa. Y digo “muy a mi pesar” porque los turistas no compran flores. Pueden sacarse mil fotos en la tumba de Bonavena, pero al tipo no le ponen ni un clavel. Es así, la muerte ya no es lo que era.

Cuando yo era un pibe, no sabe lo que trabajábamos acá en el día de los muertos. Porque esta florería la fundó mi abuelo ¿le conté? ¡Ah, eran otros tiempos! La familia se pasaba el día al lado del difunto. Limpiaban las bóvedas, se traían el mate y se sentaban sin tanto prurito sobre las tumbas. ¡Se pasaban las horas hablando con sus muertos! Por eso esa chica me llamó la atención. Tatuajes y aritos por todos lados, tan de esta generación y, sin embargo, hizo lo que nadie hace en estos días: se pasó el día aquí. Llegó tempranísimo, no eran ni las siete. Yo, por lo menos, no había terminado de acomodar el puesto.

Compró un ramo de calas y eso también me extrañó. Ahora la gente prefiere fresias o jazmines; no se dan cuenta de que no duran nada y al pobre muerto enseguida le quedan las flores marchitas. Desde acá se ve el ramo ¿lo ve? La chica estuvo a los pies de esa tumba todo el santo día.

Y ahí mismo la encontré yo, muerta, a la mañana siguiente. Hubiera pensado que dormía, de no ser porque la vi tomar el taxi la noche anterior. La historia por acá es conocida. Hay quien dice que la patente es RIP 666, pero esas son mentiras. Yo lo vi con mis propios ojos y le puedo asegurar que el coche no tiene patente alguna. Acá no es la primera vez que alguien se muere sobre la tumba del ser amado. Parece de película. Es hasta romántico si lo piensa un poco. Pero con el cementerio como escenario la cosa es más bien espeluznante. Más que conmover, espanta ¿no?

Como le dije, la chica se había pasado todo el día al lado de su muerto. De a ratos se sentaba o volvía a acomodar las flores, pero siempre junto a la tumba. Sin alejarse para nada. Ya estaba anocheciendo cuando salió. Y mire qué cosa: a mí se me vino la imagen de un fantasma. Porque caminaba, así, como abstraída del mundo. Bajó a la calle sin siquiera mirar. “¡Ay, pero esta chica!”, le juro que pensé cuando sentí la frenada del taxi.

Solo llegué a ver dos cosas que me alarmaron. El coche no tenía patente y la puerta se abrió sola desde adentro. La piba entró como una autómatas. Ya sé, usted se preguntará por qué razón me alarmé yo. Lo que le dije: la historia es conocida. Un taxi sin patente cuya puerta se abre sin que

el pasajero tenga que tocarla. El último taxi. El que por nada del mundo tenés que tomar en los alrededores de La Chacarita.

Si hubiera sido una historia más, como las otras, no me habría dejado impresionar. Pero era la historia de mi abuelo. Yo apenas era un pibe cuando la escuché la primera vez. Y todo coincidió tal cual: alguien consumido por la tristeza, que apenas se da cuenta de lo que pasa alrededor. El taxi sin patente que frena de golpe. La puerta que se abre y el último viaje. Porque es así: el pasajero que toma ese taxi aparece muerto al otro día, sobre la tumba del ser amado.

¿Que por qué digo la historia de mi abuelo? Porque él le salvó el pellejo a una mujer en el 83. ¡Si habré escuchado el relato! Tenía el cabello enrulado y llevaba una remera con hombreras y minifalda. Lo demás igual: la tristeza infinita, la tarde entera en el cementerio para irse casi de noche. La diferencia fue que mi abuelo sospechó. No de una fuerza sobrehumana, claro. Piense que recién volvía la democracia, empezaba a escucharse el “nunca más” y la gente había aprendido que vale la pena involucrarse.

Creyó que la secuestraban y por eso actuó. Primero quiso abrir la puerta: estaba trabada. ¿Vio este fierro? Se usa para mover el toldo, si no el sol del mediodía nos aniquila las plantas. Y bueno: con esto le dio a la ventanilla. El vidrio se hizo añicos y el taxista clavó los frenos. Entonces mi abuelo sacó a la chica de un tirón y en ese forcejeo vio el rostro del conductor. Durante muchos años no quiso contarme (¡Imagínese, yo era un pibe!) pero un día por fin me lo confió: las cuencas vacías de sus ojos, la piel putrefacta que apenas ocultaba un cráneo aterrador lleno de vida.

¿Si la chica llegó a ver algo? Seguramente. Dicen que se quedó muda y terminó encerrada en un hospicio. Mire, yo no puedo obligarlo a creer pero es así. De cada cien historias que se cuentan por aquí, hay una sola verdadera. La del último taxi es una de esas.

Actividades:

- 1) ¿Cuándo y dónde transcurren los hechos narrados?
- 2) Investigá si todos los nombres de personas y lugares que se mencionan existen o existieron efectivamente.
- 3) ¿Por qué el narrador explica su sorpresa ante los hechos relacionándolos con la vuelta a la democracia?
- 4) Leé el texto sobre leyendas urbanas y explicá porqué “El último taxi” es una de ellas.